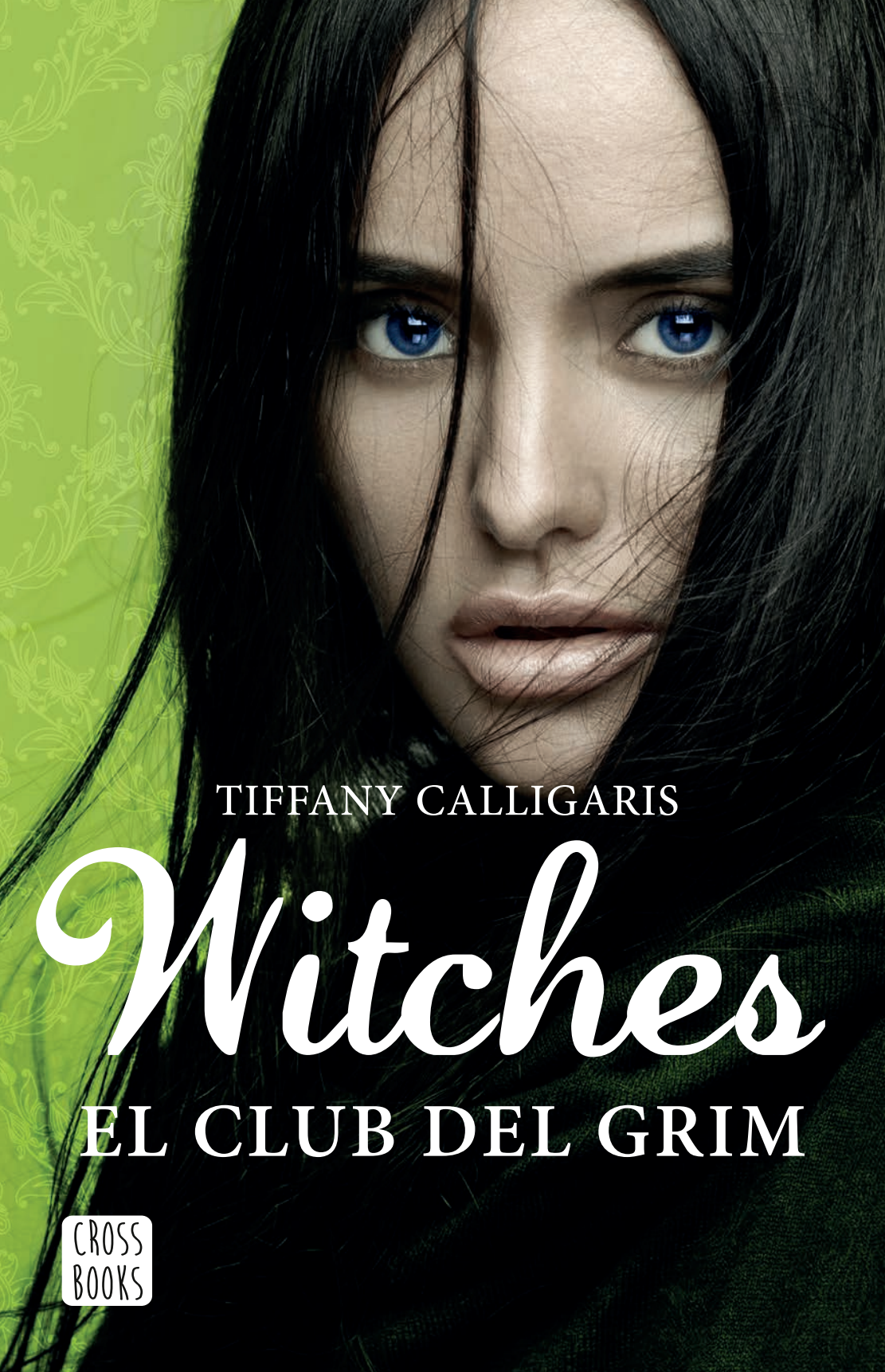




TIFFANY CALLIGARIS

Witches

EL CLUB DEL GRIM

CROSS
BOOKS

TIFFANY CALLIGARIS

Witches

EL CLUB DEL GRIM



Crossbooks
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Tiffany Calligaris, 2015
© Editorial Planeta S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: abril de 2017
ISBN: 978-84-08-17002-0
Depósito legal: B. 5.750-2017
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

SIEMPRE ALERTA



Mi madre asomó la cabeza por la puerta de la habitación para avisarme de que la cena estaría lista en diez minutos. Era agradable estar de regreso en casa de mis padres. Era diciembre. Estaba en segundo año de la Universidad Van Tassel en Boston, Massachusetts. Ya había pasado una semana desde el inicio de las vacaciones de Navidad y aún me quedaba otra semana más antes de volver a la universidad.

Le eché una mirada a la pantalla de mi móvil, asegurándome de que no hubiera ningún mensaje nuevo, y guardé el libro que había estado leyendo en uno de los cajones del escritorio.

Mientras me dirigía al comedor, me detuve frente a un espejo colgado en la pared solo para ver mi cara de decepción. Suspiré e intenté mostrarme más alegre. De haber recibido algún mensaje de Michael no tendría que estar fingiendo.

Michael Darmoon era el chico del que estaba terriblemente enamorada. No solo tenía un físico irresistible,

sino que también era romántico, seguro de sí mismo y obstinado. Él y sus primas descendían de una larga línea sucesoria de practicantes de magia. O dicho de otra manera, eran brujas. Brujas de Salem. Bueno, en su caso, un brujo.

Mis padres y mi hermana ya estaban sentados a la mesa esperándome. Ocupé mi lugar, la misma silla en la que me sentaba todos los desayunos, almuerzos y cenas desde que tenía memoria, e intenté parecer despreocupada.

Mi hermana Celina me pasó un plato de ensalada mientras mi padre me acercaba una fuente con trozos de pollo.

—Estás delgada, cielo. No has comido apenas desde que llegaste —dijo mi madre.

Levanté la mirada, sus ojos eran del mismo tono celeste que los míos y mostraban preocupación.

—He estado algo nerviosa. Desde el... incidente no he logrado recuperar del todo el apetito —respondí.

Nueve días atrás había sido secuestrada por un grupo de brujas enmascaradas que intentaron quemarme viva en una especie de ritual vudú. Mis padres y la policía conocían la mayor parte de lo que había sucedido, a excepción de que mis atacantes eran brujas.

—Has estado haciendo demasiado ejercicio —intervino mi hermana—. Cuando no sales a correr, asistes a esas clases de defensa personal.

Mi hermana menor, Celina, tenía quince años y odiaba el deporte. Para ella, hacer ejercicio durante las vacaciones era como un crimen.

—Las clases de Adam me están ayudando a sentirme más segura —respondí.

Adam, mi tío por parte de padre, era policía y me estaba enseñando algunas técnicas de defensa personal.

—Si eso te ayuda, continúa, Madi. Pero aliméntate bien —insistió mi padre—. E intenta relajarte; la policía está haciendo todo lo posible por encontrar a los agresores.

Mantuve la mirada en el plato, concentrándome en la comida. Hablar del «incidente» aún me causaba ansiedad.

—Ese grupo de salvajes deberían estar ya en la cárcel —sentenció mi madre.

—Lo estarán, Elanor —le aseguró mi padre al tiempo que le cogía la mano—. Los encontrarán.

El resto de la cena transcurrió con charlas sobre temas más alegres: preparativos navideños, las notas brillantes de mi hermana, planes para el fin de semana...

—¿Cómo van las clases? —me preguntó mi padre.

—Los exámenes finales eran muy complicados, pero creo que me fue bien —respondí.

Mis notas habían bajado un poco desde que me enteré de la verdad acerca de Michael.

—Estaba pensando que el semestre que viene podrías hacer unas prácticas en Christensen & Bower —dijo mi padre—. Aprenderías mucho y además servirían para engrosar tu currículum.

Eso me cogió por sorpresa; Christensen & Bower era la agencia de publicidad para la que él trabajaba.

—Es una gran idea —intervino mi madre.

—Sí. Lo pensaré —respondí.

Genial, más decisiones que tomar. Me terminé el plato e incluso comí postre, a pesar de que me sentía llena. No podía resistirme a la tarta de manzana que

hacía mi madre, y era cierto que últimamente no había estado comiendo bien. Necesitaba estar fuerte en caso de que esos psicópatas volvieran a atacarme.

Al regresar a mi cuarto, encontré a mi pequeño gato negro, *Kailo*, estirado sobre la colcha. Cuando me vio profirió un suave ronroneo y se reacomodó en uno de los almohadones.

Busqué el libro que había guardado en el cajón del escritorio y me recosté en la cama. Era un grimorio, un libro de hechizos escrito por Michael y sus primas.

Mis padres sabían que me estaba costando olvidar lo sucedido en el bosque. Lo que no sabían era lo mucho que me había afectado; era incapaz de actuar con normalidad mucho tiempo seguido.

Las escenas de lo que había pasado aquella noche me acosaban constantemente. Cuando me duchaba, cuando veía la tele, cuando íbamos de compras con Celine... En un momento determinado estaba haciendo algo y, al siguiente, me encontraba de nuevo en aquel rincón oscuro del bosque. Las manos atadas a un poste de madera. El calor de las llamas envolviéndome. Los aullidos...

Las pesadillas también habían sido un problema. Afortunadamente, el grimorio tenía una solución para eso. Una pócima para dormir sin soñar. Había conseguido los ingredientes en un herbolario y Maisy Westwood me había dado instrucciones por teléfono para prepararla.

Mis días consistían en practicar magia, ir a las clases de mi tío y pasar ratos con la familia. No había sido fácil. Lo primero requería encerrarme en mi habitación para evitar que nadie me oyera o viera la colección de plantas

que almacenaba en uno de mis cajones. Y como las clases de defensa me dejaban exhausta, generalmente cuando terminaba me echaba una siesta. Lo que no dejaba demasiado tiempo libre para la familia.

En las vacaciones anteriores había pasado la mitad del tiempo viendo películas, saliendo con mi mejor amiga, Lucy, y leyendo libros. Mientras que en estas había estado practicando hechizos, aprendiendo a golpear e intentando decidir si quería pertenecer a un aquelarre de brujas y casarme con Michael.

¿Qué había pasado con mi vida?

Saqué el termo del cajón de mi mesita de noche y tomé un par de sorbos. Tras tragarme el líquido verde que contenía, miré la hoja que tenía frente a mí y recité:

Ventus avertō somnus.

Ventus avertō somnus.

Ventus avertō somnus.

Que el viento se lleve mis sueños.

Oí un soplido en la ventana y guardé el termo, satisfecha. Las primeras veces había resultado algo inquietante oír el viento soplando de esa manera, pero aquel sonido se había convertido en una bendición. Una bendición que me permitía descansar alejando las pesadillas.

Pasé la mañana siguiente entrenando con mi tío. Habíamos pasado de cómo inutilizar a un atacante a practicar un par de maniobras ofensivas. Adam se había negado al principio a enseñarme a atacar; me costó convencerlo de que no buscaría pelea, que solo quería estar

segura de que realmente podía ser contundente si la situación lo requería.

Regresaba a casa cuando vi a mi amiga Lucy Darlin junto a la puerta. Mi mejor amiga, quien recientemente había descubierto que era una Gwyllion. O como decían los griegos, una ninfa del bosque.

Lucy llevaba un abrigo blanco, una bufanda rosa y su hermoso pelo rojo cobrizo recogido en una coleta.

Yo, por mi parte, *joggings*, una cazadora deportiva y una bufanda burdeos con el escudo de Van Tassel. Por no mencionar que estaba sudada y mi pelo hecho un desastre.

—¡Madi!

Se acercó pero se detuvo antes de llegar hasta donde yo estaba para saludarme. Probablemente porque apesataba a sudor.

—Lo siento, la clase de hoy ha sido bastante movida —dije disculpándome.

Abrí la puerta y Lucy me siguió. Estábamos quitándonos los abrigos cuando *Pluto*, el perro de la familia, al cual mi hermana, en su fase Disney, bautizó cuando tenía seis años vino corriendo a saludarnos.

Siempre habíamos tenido perros, por lo que mis padres encontraron un poco extraño que regresara de la universidad con un gato negro. Temí que *Kailo* y nuestro golden retriever no se llevaran bien, pero no había sido el caso.

Lucy me siguió a mi habitación y nos sentamos en la cama. La había invitado a comer ya que no nos habíamos visto mucho desde que regresamos de Boston. Eso y que le debía cientos de almuerzos por todas las veces que había cocinado ella en nuestro apartamento.

—Pareces fatigada. Deberías aprovechar la semana que queda de vacaciones para descansar —dijo Lucy.

—Decirlo es más fácil que hacerlo —respondí.

Quería descansar, no hacer nada, eso era lo que uno debía hacer en vacaciones. El problema era que, si no me distraía, comenzaba a pensar y mi cabeza volaba a lugares oscuros. Lugares a los que no quería ir.

—¿Ya has hecho las compras navideñas...?

Un ruido repentino interrumpió sus palabras. Sonaba como si algo se hubiera roto. Me puse de pie y miré en dirección a la puerta. El sonido provenía de abajo. Respiré con calma, separando un poco los pies y cerrando los puños. Fuera lo que fuese, estaba preparada.

—¿Quién hay ahí? —grité.

Repasé mentalmente las palabras de un hechizo que había estado practicando. Si lo hacía correctamente, a la persona en cuestión se le nublaría la vista durante unos minutos. Lo suficiente como para atacarla y escapar.

—He sido yo. Se me ha caído un plato —respondió la voz de mi madre.

Suspiré aliviada, la adrenalina aún recorriendo mi cuerpo.

—Madi, sé que has pasado por algo terrible, pero estás comenzando a asustarme —dijo Lucy—. Es como si estuvieras viviendo en un campo de batalla.

—Lo sé —dije dejándome caer en la cama—. No puedo liberarme de esta sensación de inseguridad, de ese miedo de que vuelvan a por mí.

Lucy me abrazó y apoyó la cabeza en su hombro. Encontraba algo reconfortante en su pequeña figura.

—Todo irá bien. ¿No hay algún hechizo que ayude a relajarte? —sugirió.

Me alejé y me apoyé contra un almohadón.

—Ya estoy usando uno para no tener pesadillas, no sé si será muy sano usar dos —repliqué.

No quería volverme adicta a la magia, si es que algo así era posible.

—Cuando regresé no podía dejar de pensar en Michael, en nuestra situación, en esa exnovia chiflada suya. Me estaba volviendo loca y decidí concentrarme en aprender a defenderme. Magia, puños, lo que sea necesario... —le expliqué.

—¿Has hablado con Michael? —preguntó Lucy.

—No, no desde que le dije que necesitaba tiempo para pensar. Cosa que se tomó demasiado a pecho —repliqué.

—Tal vez deberías pensar en lo que quieres y no obsesionarte con que alguien va a atacarte —sugirió Lucy—. De lo contrario, no sabrás qué decirle cuando regresemos.

Dudaba de que una semana bastara para que pudiera decidir qué hacer con el resto de mi vida.

—¿Qué hay de ti? ¿Has hablado con Ewan? —pregunté curiosa.

El rostro de Lucy se iluminó un poco. Había conocido a Ewan Hunter en un baile de Halloween. Era unos años mayor que ella, venía de Noruega y tenía un aspecto sumamente cuidado.

—Sí, casi todos los días —respondió.

Intentó parecer menos feliz de lo que era para no hacerme sentir mal a causa de Michael. Sonreí, contenta por ella.

—¿Está en Van Tassel?

Su padre era profesor en la universidad y Ewan,

además de hacer su propio trabajo de investigación, lo asistía en algunas clases.

—Sí, pasará las fiestas allí con su padre —respondió Lucy—. Estaba pensando en invitarlo este fin de semana. ¿Crees que es demasiado pronto para presentárselo a mis padres?

Tras decir esas palabras se rio, algo avergonzada.

—No, a tus padres les encantará. Ewan es el chico más respetuoso que conozco; y él además con toda seguridad querrá conocerlos.

La expresión de Lucy se volvió algo risueña.

—¿Habéis hablado acerca de la noche en que me secuestraron? Creo que cuando estaba en el bosque lo vi —dije en tono cauto—. Creo que intentaba ayudarme.

Lucy negó con la cabeza.

—Aquella noche se encontraba ayudando a su padre en una clase —respondió.

Aunque no estaba convencida de ello, no insistí. Era evidente que a Lucy realmente le gustaba y yo ni siquiera estaba segura de lo que hubiera visto.

—Podéis ir bajando, chicas. La comida está preparada —dijo una voz.

Mi madre se asomó a la puerta. Su pelo oscuro, que era igual que el mío, lo llevaba recogido. Mi hermana Lina, por su parte, tenía el mismo pelo castaño de mi padre.

Disfruté de un almuerzo tranquilo con Lucy y acordamos salir de compras el día siguiente. Ya era hora de intentar actuar con normalidad y hacer las compras navideñas.